

Escribió aquí...

Benjamín Carrión

El ensayista, crítico literario, profesor y diplomático, Benjamín Carrión (Loja, 1897-Quito, 1979), dejó su ciudad natal, Loja, a la que solía referirse como «el último rincón del mundo», en 1916; luego de haber concluido sus estudios de bachillerato en el emblemático colegio Bernardo Valdivieso, se instaló en Quito con el propósito de estudiar Derecho en la Universidad Central Ecuador. Profesión, por cierto, que nunca llegó a ejercer.

Mientras asistía a clases, por las tardes y noches se entregaba a la vida bohemia en los cafés de la Plaza del Teatro de la ciudad. Colaboraba con artículos en *El Día*, un diario de tendencia liberal fundado en 1913, en la revista *Caricatura*, que empezó a circular en 1918, y en cuyas páginas dio a conocer poemas y relatos breves, géneros que posteriormente serían desplazados, siguiendo la sugerencia de su comadre, la poeta Gabriela Mistral, para concentrarse en su oficio como ensayista y crítico literario. Por esos tiempos Carrión también colaboró con el diario *El Comercio* de Quito y más tarde con *El Telégrafo* de Guayaquil, al igual que con dos revistas importantes dentro de lo que era la vanguardia literaria de las décadas del 20 y 30 en Ecuador: *Elan* de Quito y *Hontanar* de Loja.

La política es un campo en el que Carrión supo moverse con soltura e intensidad; su vasta y rica correspondencia, editada en varios tomos por el Centro Cultural Benjamín Carrión de Quito, amén de sus diversos artículos y acciones, así lo evidencia. De ahí que, en junio de 1919, junto a su compañero de aula, José María Velasco Ibarra, crean la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) de la Universidad Central. Esta Federación incorporó los cambios introducidos para la universidad latinoamericana a partir de todo lo que fueron las propuestas y programas del movimiento estudiantil de la reforma universitaria de Córdoba (Argentina) de 1918. Para 1921, Carrión es elegido diputado al Congreso Nacional (1921-22). En 1921 obtiene, en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central, su título como abogado y retorna a Loja. En «el último rincón del mundo», se desempeña como docente y dirige la revista *Cultura*, del profesorado del



colegio Bernardo Valdivieso. En 1922 contrae matrimonio con Águeda Eguiguren Riofrío, su compañera de toda la vida, con quien retorna para instalarse definitivamente en Quito. En ese año, el flamante abogado se vincula a la Universidad Central como docente de la materia de Sociología.

Desde la capital sigue los violentos acontecimientos suscitados en Guayaquil a raíz de las protestas de los trabajadores, campesinos y pobladores, ante la crisis económica ocasionada por el derrumbe de las exportaciones de cacao y del sistema capitalista internacional; crisis que terminaría con la masacre, decretada por el gobierno del liberal José Luis Tamayo, el 15 de noviembre de 1922. Hechos que luego serán recreados en la emblemática novela *Las cruces sobre el agua* (1946) del escritor Joaquín Gallegos Lara, uno de los coautores del fundacional y fundamental libro de cuentos *Los que se van* (1930), que Carrión examinará con entusiasmo y pasión junto a la obra de todos los miembros de la denominada por él, «Generación del 30» (Pablo Palacio, Humberto Salvador, Jorge Icaza, Jorge Fernández, José de la Cuadra, Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert, Alfredo Pareja Diezcanseco y Ángel F. Rojas). Sobre la obra de estos narradores, Carrión escribirá una serie de artículos claves, como el dedicado al alucinado Pablo Palacio en su libro *Mapa de América* (1930). Posteriormente, en su clásico *El nuevo relato ecuatoriano* (1951), dará cuenta de manera sistemática y sostenida de la obra de esta generación.

En 1925, el lojano se incorpora al servicio diplomático del Ecuador. En junio de ese año viaja a El Havre, Francia, como cónsul por pedido del presidente interino Gonzalo S. Córdova, quien será depuesto por la llamada «Revolución Juliana», liderada por la oficialidad joven en contra del poder plutocrático. Carrión permanece en territorio francés hasta marzo de 1931. Sin duda, este viaje es una experiencia vital para lo que va a ser su labor como suscitador y difusor de la literatura y la cultura del país en el exterior.

Reinstalado en Quito, el 4 de septiembre de 1932 es nombrado ministro de Instrucción Pública del gobierno encabezado por Alberto Guerrero Martínez, cargo que desempeña hasta el 16 de octubre de 1932; renuncia al mismo acatando disposiciones del Partido Socialista en el que para entonces militaba. En octubre de ese mismo año, vuelve a la cátedra universitaria. Es profesor titular de Sociología e Historia del Derecho en la Universidad Central; año en el que también es elegido vicerrector para el periodo 1932-34.

En 1933, Carrión y su familia nuevamente hacen maletas. Esta vez es designado, por el gobierno de Juan de Dios Martínez Mera, ministro plenipotenciario en México, en donde permanecerá hasta diciembre de 1934. Por aceptar este nombramiento, que no contó con el aval de su partido (estaban en franca oposición al régimen) al día siguiente fue expulsado del mismo. En México concluye la escritura y edita el ensayo biográfico-histórico *Atahuallpa* (1934), que ha merecido varias reediciones.

Es incuestionable que ese encuentro con la cultura, los escritores, artistas y políticos mexicanos, como José Vasconcelos, a quien le dedicó, antes de su dis-

tanciamiento por razones políticas, un ensayo en su libro *Los creadores de la nueva América* (1928), así como con el maestro Alfonso Reyes, los grandes poetas Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer y luego con el fundador de la icónica revista *Cuadernos americanos*, Jesús Silva Herzog, será revelador y decisivo para Carrión. Tiempo en el que las amistades y diálogos se irán ampliando al conocer a los novelistas Juan Rulfo, José Revueltas y Carlos Fuentes. A partir de ese primer encuentro, los vínculos con México se profundizaron, a tal punto que en 1968 el gobierno azteca le concedió, al igual que al escritor argentino Jorge Luis Borges, el Premio Internacional Benito Juárez.

De regreso de México, en 1934, Carrión se reincorpora a la docencia en la Universidad Central, asumiendo las siguientes responsabilidades: decano de la Facultad de Filosofía y Letras; profesor de Literatura en la Escuela Superior de Pedagogía, creada en abril de 1935 por su excompañero de estudios, para entonces presidente de la República, J. M. Velasco Ibarra; miembro del Instituto Ecuatoriano de Derecho Internacional (1940) y en 1941 profesor titular de Derecho Internacional Público en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales.

En 1944, estalla la insurrección conocida como La Gloriosa que acabó con el gobierno antipopular y plutocrático de Alberto Arroyo del Río, en cuyo régimen, como resultado de la invasión peruana de 1941, se firmó el cuestionable Tratado de Río de Janeiro (1942) que significó la pérdida de extensos territorios del Oriente ecuatoriano. Ante esta debacle, Carrión publicó en el diario *El Día* una serie de «Cartas al Ecuador», en las que reflexionó en torno a la identidad nacional y combatió al gobierno arroyista, además de esbozar su «teoría de la pequeña gran nación». Textos que recogería en el libro de título homónimo publicado en 1943.

Por gestiones, en las que contó con la colaboración de su amigo Alfredo Vera, al momento ministro de Educación, el presidente J. M. Velasco Ibarra, el 9 de agosto de 1944 emitió el decreto mediante el cual se creaba la Casa de la Cultura Ecuatoriana, que devino en uno de los escasos logros de todo lo que significó ese movimiento insurreccional de La Gloriosa, calificado por algunos como «democrático-burgués».

A desarrollar y consolidar, lo que para Benjamín Carrión fue su mayor apuesta y desafío —la creación de la Casa de la Cultura Ecuatoriana— dedicaría sus mayores y mejores esfuerzos. Por varios periodos fue reelegido presidente de la institución, desde la que desplegó una política cultural intensa y renovadora, sobre todo durante los primeros 13 años. Esa tarea significó ahondar en los compromisos «del precursor, del suscitador», lo que significó tener que postergar su pasión por la cátedra, los diálogos cotidianos con los estudiantes y colegas de las aulas universitarias.

A pesar de sus tareas administrativas y de sus compromisos políticos, que cada vez resultaban más exigentes, Carrión, el escritor, el polemista y el militante de las causas democráticas continentales, siempre mantuvo, de una y diversas maneras (en marzo de 1963, luego del «cuartelazo» que depuso al presidente Carlos J. Arosemena

Monroy, se acogió a la jubilación) sus vínculos con la que fue su primera casa cuando llegó desde «el último rincón del mundo» a Quito, ciudad con la que sostuvo, al igual que con su «lugar de origen», una especie de pacto de sangre.